

el conde Federico de Bismarck, el viejo margrave Luis. En el teatro de Berlín, tuvo ocasión de tratar á Meyerbeer, á Mendelssohn, á Paganini. Y el duque de Wellington, que la conoció en un baile, se maravillaba del parecido de la joven actriz con la difunta heredera de Inglaterra, la que había sido compañera de Leopoldo.

Salvada de las intenciones del libertino príncipe Augusto, á pique de ser víctima de las supercherías de un falsario que quiso casarse con ella, Carolina fué llamada á representar en el teatro pivado del príncipe Leopoldo. Allí la conoció y la admiró el que había de contraer con ella una unión poco duradera, si hemos de atenarnos á las noticias que se conservan, poco venturosa, y aun asaz fastidiosa, para la actriz. Según se desprende de los datos que van conociéndose, Leopoldo, joven aún, pues no tenía más de treinta y ocho años, era un aburrido y un melancólico, sin que por eso dejase de cultivar la ambición que ha guiado á los Coburgos por el camino del medro. Los Coburgos, familia pobre, se encumbró, no por la guerra, sino por el matrimonio. El príncipe había estado á punto de reinar, como consorte, en Inglaterra; y cuando contempló con agrado á Carolina Bauer, negociaba el trono de Grecia y la alianza con la duquesa de Berry. La gentil actriz no era, para el inconsolable viudo, sino un preservativo contra otros devaneos, una grata compañía durante el tiempo que tardase en ceñir sus sienes la corona. La idea de hacer de la actriz una esposa legítima, no cruzó por su imaginación ni un momento; era un intermedio en su existencia entristecida, una especie de hogar, postizo y transitorio. Y tampoco el tío de Carolina, aquel barón Stockmar tan adicto y leal á sus amos, soñó nunca con la legitimidad del enlace. Él mismo, interviniendo, arregló las cosas de manera que revistiesen un aspecto de decoro, sin que resultase compromiso serio para su señor.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hace muchos días, tuve ocasión de hablar de las nupcias que contrajo la viuda (no sabemos hasta qué punto) del rey Leopoldo II de Bélgica. Y pocos después, algunas publicaciones resucitaron una vieja historia, que prueba que la experiencia es cosa inútil, y nadie aprende (si es que aprende) más que en su propia cabeza. Los errores de Leopoldo II son mayores y menos disculpables que los cometidos por su padre, Leopoldo I.

Uno de los libros que hacen fe oficialmente, el *Anuario genealógico de las casas soberanas de Europa*, dió por realizado, en 1829, el matrimonio del príncipe de Sajonia-Coburgo-Gota, futuro rey de los belgas, con la actriz Carolina Bauer. Verdad que un año después el mismo *Anuario*, sin duda anonestado en regiones oficiales, tuvo que rectificar, declarando que tal unión no había llegado á verificarse. ¡Y me harán á mí creer en la infalibilidad del Almanaque de Gotha!

Leopoldo I era hijo del duque Francisco de Sajonia-Coburgo. Al servicio de Rusia cuando muchacho, para completar su instrucción militar, se halló presente en Erfurt. Brillante oficial, estrechamente identificado con la política de Inglaterra y del emperador Alejandro, contra Napoleón, se casó á los veintiséis años con la heredera del trono de la Gran Bretaña, la princesa Carlota; enlace digno de un Coburgo.

La muerte prematura de la princesa desvaneció el espejismo; pero, al correr del tiempo, se le ofrecería á Leopoldo ocasión de rehusar el trono de Grecia y aceptar el de Bélgica. Entre la boda con Carlota Augusta, hija de Carolina de Brunswick, y la boda con Luisa de Orleans, hija de Luis Felipe, se sitúa el supuesto matrimonio morganático, en realidad, mero concubinato, con Carolina Bauer, llamada condesa de Montgomery.

\*\*\*

¿Quién era Carolina Bauer? Mucho más que una mujer vulgar, una comiquilla que explota el palmito, Carolina Bauer, después condesa de Broel Platter, no se había criado en el chiribitil de un portero, como la Vaughan. Por su madre, procedía de la familia del barón de Stockmar. Este señor no pertenecía á la antigua nobleza feudal alemana; en su ascendencia había industriales y juriconsultos; pero gente de buen nombre y fama, que en Stockmar llegó á la categoría de consejeros de la corona, y amigos particulares de varios monarcas europeos.

Era Carolina Bauer hija de una señorita Stockmar y de un ayudante del príncipe de Wurtemberg, capitán de artillería. Una bala austriaca mató al padre, y la viuda trató de dar á sus hijos cumplida educación, ya que no podía legarles grandes recursos. Carolina salió harpista, cantatriz, pianista, recitadora, y además, muy guapa, graciosa y dispuesta. Cuando resolvió dedicarse al teatro, la familia se opuso; pero el barón de Stockmar, inseparable del príncipe Leopoldo, sobre el cual ejercía gran influjo, opinó de distinta manera. Era el pariente que se había elevado; era un hombre de mundo y de corte, y prevaleció su dictamen. La muchacha saldría á escena, donde la esperaban aplausos y acaso un lucido matrimonio.

Apenas Carolina debutó en el teatro de Carlsruhe, varios moscones ilustres zumbaron alrededor de ella:

La urdimbre psicológica de esta historia es asaz curiosa. El leal barón Stockmar desempeñó sin duda funciones que no pueden llamarse caballerescas, aunque con sobrada frecuencia las ejerzan los que rodean á los monarcas; pero, al cumplirlas, cuidó de salvaguardar la seguridad y el porvenir del príncipe, sin dejar de atender, en cierta medida, al de su sobrina. No es en una aventura galante donde actúa como intermediario. Precisamente para evitar á Leopoldo aventuras galantes, peligrosas y escandalosas, en que se gasta la salud y se comprometen la hacienda y la fama, le combinó una especie de unión honesta, aunque ilegal. Buscó una señorita culta, adornada con gracias y talentos, bajo el amparo y á la sombra de una madre intachable; y cuando sospechó que Carolina hubiese podido cometer alguna ligereza, su cólera fué mayor que la de Leopoldo. Quiso que la Bauer tuviese una reputación límpida, inatacable para la murmuración; porque al cabo, si no era la esposa de Leopoldo era su amiga, mediante estipulaciones semiconyugales. Han mediado papeles; todo se trató antes, y Carolina debe sostener con el mayor cuidado y la mayor decencia el papel que le corresponde. Debe ocultarse en la sombra, no presentarse jamás donde puedan verla y surjan hablillas, hacer la vida más retirada, no flirtear con nadie, no ir al teatro, no ya á representar, pero ni como espectadora; y la alegre muchacha, encerrada en una solitaria residencia de Londres, exclama dolorosamente: «Soy un prisionero de Estado. ¿Cuándo me ponen la máscara de hierro?»

En la vida íntima, Carolina tiene el deber de distraer, como David, la hipocondría de su señor, las preocupaciones de su ambición, tañendo y cantando. Cosa todavía más mortificante: al principio, dijérase que no es otra su misión. Los príncipes alemanes han gustado siempre de rodearse de músicos y lectores: Carolina lee y toca el piano para Leopoldo de Coburgo. Cuando trata de recordar tímidamente su semejanza con la difunta esposa, el viudo, desdeñoso, declara que las facciones de la muerta (tenían otro corte, más fino.) La familia de Leopoldo, cuando por casualidad se encuentra con Carolina en un parque, se aleja de ella como de una apestada, aparta á los niños, para que no la vean. La humillación es continua. Carolina no ignora que su amigo anda buscando una princesa con quien casarse, á la luz del sol, y el día en que tal suceda, todavía exigirán del juguete que entretuvo al príncipe unas horas, que guarde una especie de luto, que se inmole, que «se haga olvidar.» A todo esto, la pensión señalada es bastante modesta, no hay ni la compensación de disponer de una renta brillante, que permita á Carolina atender á las necesidades del calavera de su hermano Carlos. Y naturalmente, la actriz, (que ha

averiguado que el príncipe Leopoldo gasta peluca), le encuentra tibio, tedioso y tacaño, (tres *tes* muy contrarias al entusiasmo amoroso), y acaba por romper la cadena, volver á las tablas, y, más tarde unirse al conde de Broel Platter, con el cual sin duda habrá sido más dichosa.

\*\*\*

En cuanto á su regio semiconsorte, en él se simbolizó la independencia de Bélgica. La lucha para libertarse de Holanda y constituir nacionalidad, tuvo por término el advenimiento al trono de Leopoldo I, que como enamorado no debió de ser un gerifalte, pero como monarca y político ha dejado huella muy señalada en la historia, y afianzado los destinos de su nueva dinastía. Del reinado de Leopoldo I arranca la prosperidad de Bélgica. Siempre amenazado por los orangistas, siempre en peligro de guerra y perturbación, no descuidó el rey las artes de la paz. Su seriedad constitucional hizo de él un modo. Imparcial, frío y equilibrado, no quiso deber la conservación de su corona sino á la voluntad del país libremente manifestada, y esta gallarda actitud le ganó mayores simpatías, y consolidó el trono que estaba dispuesto á dejar, si así lo deseaban sus súbditos. Los historiadores hacen de Leopoldo I cumplido elogio; no hubo rey más popular, no hubo hombre de gustos más sencillos y cultos en todo su reino. Mirándole al través de su *liaison* con Carolina Bauer, y á pesar de todo, también tenemos que reconocer que fué superior á su hijo y heredero. Desde que contrajo segundas nupcias con la princesa de Orleans, la conducta del rey, ya hombre maduro, no compromete la dignidad de su edad y de su alta posición. Su hogar es tranquilo, su vida no da alimento á la sátira. No corre á París, huyendo de su reino, en busca de pasatiempos ya poco en armonía con la severidad de las canas. No es un viejo verde, al cabo infaliblemente ridículo, no es un desertor de los deberes de su investidura. La botánica, la astronomía, las letras, el ejercicio á caballo ocupan sus ocios breves de asiduo gobernante. En los últimos años de su vida, pudo creer que se realizaba una vez más el ideal de los Coburgos, en su hija Carlota, que por llevar reunidas sangre de Coburgo y de Orleans, debió de soñar ese sueño sespiriano con mayor intensidad de calentura. La diadema imperial de Méjico ceñía su frente. Su padre no tuvo tiempo de saber el sangriento drama de Querétaro, la locura de la desventurada emperatriz.

Compárese el episodio del padre y el del hijo, y se verá que es cierto que el tiempo nada enseña, ni aun á imitar la prudencia y la precaución para amirar los inconvenientes de los desaciertos. Y, además, nótese el descenso en el mismo yerro de los dos monarcas. Carolina Bauer, de una clase social cultivadísima, artista, inteligente, pudiera excusar un extravío, sacar de sus casillas á un hombre que todavía está en la edad peligrosa de las pasiones violentas. Es una criatura encantadora, llena de atractivos, educada en un medio ambiente tan distinguido, que con su madre, cuando era niña, jugaban fraternalmente los príncipes, incluso el que había de ser Leopoldo de Bélgica. No es la hija de un portero parisiense.

\*\*\*

Uniones más ó menos morganáticas abundan en la biografía de la mayor parte de los príncipes reinantes alemanes. Federico Guillermo III de Prusia se desposó morganáticamente con la condesa Augusta Harrach. El príncipe Augusto, hermano de Federico el Grande, el que quiso conquistar á empujones á Carolina Bauer, fué más allá; concertó desposorios con madama de Récamier, cuyo marido vivía. A esta aventura debemos el encantador retrato que la representa al salir del baño: lo hizo pintar para aquel extraño novio, con el cual no podía casarse de ninguna de las maneras lícitas que existen. Leopoldo I evitó el escollo de una boda que le hubiese cerrado el porvenir. El sentido del engrandecimiento, propio de su estirpe, le avisó y le contuvo.

El actual rey de los belgas parece dotado de una prudencia mayor aún que la de su ilustre predecesor, el fundador de la dinastía. No hay desacuerdo en el modo de juzgarle: sus virtudes privadas, la modestia de su vida, recuerdan á Leopoldo I. El pueblo le tributará el mismo cariño, olvidando de buen grado los disparates del simpático rey longibarro. Porque en medio de sus cabriolas, Leopoldo II no se hizo odioso. Conservó partidarios, que excusaron hasta su dureza paternal, su mayor pecado ante la naturaleza.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.